

Fe y vocación: dos palabras que la tradición las ha juntado con frecuencia. Hoy volvemos a agruparlas para explicar, o intentar explicar, la crisis vocacional que llevamos arrastrando durante mucho tiempo. No podemos negar que este intento es meritorio y laudable: *la vocación está en crisis porque la fe está en crisis*. Nadie puede negar esta afirmación, es obvio.

Nosotros tampoco vamos a negarlo.

Pero debemos que tener cuidado para no usar de una manera impropia esta afirmación, sobre todo cuando se convierte en una especie de excusa para el animador vocacional o para la pastoral vocacional, en general, que interpreta sus pobres resultados culpabilizando a la pastoral en general o, de una manera más radical, al proceso de secularización causante de la crisis de fe que conocemos. O cuando se usa esa frase como la conclusión de un discurso fatalista, sin dejar ninguna alternativa de recuperación y mejora

1- Fe y vocación: relación y prioridad

El título del próximo Sínodo 2018 parece confirmar la relación entre estas dos realidades señalando lo que es prioritario, por lo menos de una manera implícita. Es algo que presupone y se da por descontado: "Jóvenes, fe y discernimiento vocacional". Es como si dijese: primero la fe, la manera de creer, y luego la propuesta vocacional.

Ahora bien, si por un lado, la relación es clara y no requiere ninguna demostración, por otro el hecho de que el orden deba ser siempre el de reconocer la prioridad del acto de fe en el nacimiento de una posible vocación despierta alguna duda.

Es una práctica normal: primero hay un camino de fe, y luego, como parte de este camino importante y conclusivo, está la propuesta vocacional. La cual sería como la verdadera maduración de la actitud del creyente, algo que no se propone a todos, sino solo a aquellos que han hecho o están haciendo este comprometedor camino de fe. Una especie de premio para los buenos. De hecho, la pastoral vocacional (PV) ha seguido hasta ahora esta lógica o sucesión. Es indudable que esta lógica ha producido muchos resultados, especialmente en el pasado. Y que de ningún modo va a abandonarse. Pero nos preguntamos: ¿no sería posible hacer hoy este recorrido en sentido contrario?

2- Vocación y Fe

Lo que quiero resaltar es que si es cierto que la vocación tiene su origen en un camino de fe, también es cierto que *es imposible presentar o proponer el camino del creyente, sino como un camino vocacional*, en el que enseguida se presenta la vida cristiana como:

- vocación o respuesta a un llamamiento que viene del Dador o Creador de la vida y que el sujeto solo puede descubrir;
- una llamada a participar en un compromiso existencial al servicio del otro y de su bien (de su salvación) más que de su propia autorrealización;
- un itinerario que parte de la vocación, por lo tanto, este es el punto de partida pero cuyo punto de llegada es la fe, en el sentido de que uno llega a creer en la medida en que participa activamente en este proyecto, que le abre a Dios y al otro, y al verdadero sentido de la vida.

El cristianismo es sobre todo esto, es esencialmente vocación, llamada a la vida y a una cierta interpretación de ella, es decir, a ser como el Hijo, según sus sentimientos, y por lo tanto con un corazón lleno de pasión y celo por los demás. La vocación no es una especialización a la que solo tienen acceso un grupo reducido de creyentes, sino que es el elemento que caracteriza la identidad de cada creyente y que está en el corazón, en el origen de la Buena Nueva, elemento

esencial del primer anuncio o kerigma cristiano. Lo cual no sería posible sin el componente vocacional.

Pero veamos un poco más a fondo lo que, en concreto, este cambio de perspectiva puede representar en la PV y su dinámica y también en la propuesta de fe.

2.1- Dios, el Eterno “Chi-amante - llamador”

Quizá no se da suficiente importancia a la teología típica de la PV (que, no nos cansaremos de repetirlo, no aspira sólo a buscar-encontrar vocaciones para los seminarios y los noviciados). De hecho ella tiene, por decirlo de alguna manera, su propia teología, su modo de "decir Dios", subrayando aspectos que podrían pasar a un segundo orden y que, sin embargo, son fundamentales no solo desde el punto de vista teológico, sino también desde el punto de vista de la fe.

Proponer la realidad de la llamada al principio de un recorrido creyente significa mostrar enseguida un rostro de Dios, el rostro de quien-llama, es decir, del que ama. Es Aquel que no puede prescindir de llamar, como consecuencia directa de su amor: él llama porque no puede quedarse solo, no puede gozar solo, no puede festejar solo, y entonces llama, llama a todos (cf Mt 22,8-10), buenos y malos, dignos e indignos, porque quiere compartir su fiesta. Toda la Escritura está llena de esta revelación del Dios que llama. La Trinidad misma es un entramado de continuas llamadas: el Padre llama al Hijo, el Hijo se deja llamar; llamada y respuesta son tan intensas y ricas de vida que se convierten en persona, el Espíritu Santo. La Historia de la Salvación es una ininterrumpida secuencia de llamadas a personas casi nunca disponibles en ese momento y aún menos contentas de ser llamadas, a veces incrédulas, otras recalcitrantes o temerosas, desconfiadas respecto a sí mismas o de la persona que llama, “el llamante”, el cual – impertérrito - insiste en llamar a todos y siempre. Quiere compartir no sólo su vida y su alegría, sino también su voluntad de salvación, llamando el hombre a salvar al hombre.

Es evidente como esta teología vocacional enriquece la imagen de Dios, le da un rostro que quizás no sea nuevo, pero que podría resultar muy expresivo en la cultura actual.

2.2 - El hombre, el eternamente “Chi-amato” – amado y llamado

Tendremos también, como consecuencia lógica, una nueva imagen del hombre, de todo ser humano, viviente porque es amado y llamado - “chi-amato” - desde toda la eternidad por una Voluntad Buena que lo ha querido desde siempre, desde antes de su existencia, hasta el punto de preferirlo a la no existencia.

Si la PV tiene su teología, tiene también su antropología, que brota y fluye de una manera espontánea de la visión teológica. En esa antropología el hombre redescubre toda su propia dignidad, no sólo por sus orígenes, sino porque sigue siendo ese "objeto precioso" para Dios, que no deja de llamarlo, que no quiere perderlo. Y si lo llama es porque tiene un proyecto sobre él, hecho para él; se lo entrega y le pide, sin reservas, que lo realice plenamente.

Tal antropología va exactamente en sentido opuesto a la de la cultura de hoy que tiende a afirmarse cada vez más. Es una cultura anti vocacional, ya denunciada en el primer Congreso europeo de las vocaciones, y descrita en el documento *Nuevas vocaciones por una nueva Europa* en términos e imágenes que todavía son más actuales que nunca¹. Es la imagen del joven *a quien nadie busca o llama*, aún en el mundo del trabajo, que tiene conciencia de no contar, de ser un cualquiera, parece que sobra, sin futuro ni grandes ideales, y a menudo dramáticamente desocupado o subempleado².

En el documento preparatorio del Sínodo sobre los jóvenes se subrayan otros aspectos, todavía más actuales, pero que siempre van en la dirección del hombre sin vocación, o de la cultura anti vocacional. Los voy a resumir alrededor de los siguientes puntos:

a) Los I Neet³

*La sensación, con razón o sin ella, de no encontrar espacio o de no recibir estímulos en el mundo de los adultos. "Eso puede llevar a la renuncia o a la fatiga para desear, soñar y programar, como nos muestra la difusión del fenómeno de los NEET, (*not in education, employment or training*, es decir jóvenes no empeñados en una actividad de estudio ni tampoco de trabajo ni de formación profesional)"⁴, jóvenes *pasivos y desmoralizados*, y como consecuencia, con una excesiva preocupación por la propia imagen (= baja estima de sí) y un condescendiente conformismo con las modas del momento.*

b) El problema de los jóvenes son los adultos, (que no los hay)

*La ausencia de "personalidades de referencia cercanas, creíbles, coherentes y honestas, más allá de lugares y ocasiones que pongan a prueba la capacidad de relación con los demás, (ya sean adultos o coetáneos), y afrontar las dinámicas afectivas"⁵. Ciertamente los jóvenes de hoy pertenecen a una generación castigada por los adultos, aún más y sobre todo, desengañada y desmoralizada⁶. Éste es un punto muy importante; aunque aún no se ha dicho, el verdadero problema de los jóvenes, (como de los pre-adolescentes y adolescentes) son *los adultos, los adultos que no los hay* (o que son adulterados o "adulescenti"), o "los padres y educadores adultos que a veces recuerdan los propios errores y no quisieran que los jóvenes los hicieran, pero que con frecuencia no saben cómo ayudarles a orientar su mirada hacia el futuro". Con una "doble" y opuesta reacción por parte de los mismos padres: "renunciar a que se les escuche", o "la imposición de las propias decisiones". También con una doble consecuencia para los hijos: "padres ausentes o superprotectores que hacen que sus hijos sean más frágiles y tiendan a no valorar el riesgo o a obsesionarse por el miedo a equivocarse".⁷*

c) Falta de confianza en las instituciones (incluida la Iglesia)

Otra característica de la juventud actual es la desconfianza, indiferencia o indignación hacia las instituciones, desde la política hasta las instituciones educativas, la Iglesia incluida en su dimensión institucional. La quisieran más cercana a la gente, más atenta a los problemas sociales; pero no creen que esto vaya a suceder en un futuro inmediato⁸, a pesar del papa Francisco. Además encuentran incomprensible y se sienten desorientados ante la poca aceptación del Papa por un sector del mundo católico.

d) Tranquilamente sin Dios o... con un Dios a mi manera

"Todo ocurre en un contexto en que la afiliación confesional y la práctica religiosa son cada vez más cosas de una minoría y los jóvenes sin ponerse *"en contra"*, están aprendiendo a vivir tranquilamente *"sin" el Dios* presentado en el Evangelio y *"sin" la Iglesia*, confiándose a otras formas de religiosidad y espiritualidad alternativas y poco institucionalizadas o a refugiarse en sectas o en experiencias religiosas que tienen una fuerte identidad"⁹.

Otra eventualidad interesante a la que estamos asistiendo hoy es al fenómeno, particularmente italiano, de una religión más bien subjetiva, pero que conserva rasgos de un cristianismo subyacente, una especie de "Dios a mi manera"¹⁰.

En ambos casos, especialmente en el primero, nos encontramos ante el proceso de la secularización.

e) De la huida a ser errante, del anonimato al bullicio

Consecuencia o tentación final: atrapados entre promesas incumplidas, transmisión vacía de la experiencia (a nivel de valores, incluso de la fe), imperativo obsesivo de "ser uno mismo" o de

construir su propia identidad (como a menudo sienten que dice de ellos el mundo adulto), tener que mantener los diferentes pero siempre inciertos lazos sociales, los jóvenes tienen la tentación de huir de sí mismos, de ser errantes y del anonimato, del bullicio, de la extrema movilidad de las amistades, del rechazo de la opción para siempre, de desaparecer en lo virtual, del preferir la conexión (con el mundo entero) a la relación (con quien está próximo).¹¹

Si esta es la situación, no basta con decir y repetir – un poco patéticamente - que los jóvenes necesitan encontrar personas que les infundan confianza "porque creen en ellos", que sepan ayudarles a reconocer y nombrar las riquezas y el potencial que tienen que son recursos para el día de mañana. Se necesita ante todo *un nuevo anuncio del cristianismo* y de lo que eso significa: un primer anuncio vigoroso de la fe a todos los niveles, pasar de una catequesis de fundamentos básicos a la sacramental y después a la litúrgica, *en términos más explícitamente y mayormente vocacionales*. Con la conciencia, que no se trata aquí de tener una vocación ya sea sacerdotal o religiosa, sino de salvar al hombre, su dignidad y unicidad. Por lo tanto, hay que ofrecer una invitación vocacional, en el verdadero sentido de la palabra, que por su naturaleza está destinada a todos, y que es el más fuerte mensaje de positividad. Veamos en qué consiste este nuevo anuncio de nuestra fe.

1.3 - El creyente, adulto en Cristo

Hemos dicho que hoy el problema de los jóvenes son *los adultos o aquellos que deberían serlo*, pero que sin embargo son, como ya hemos mencionado con términos quizás insólitos, *todavía adolescentes ("adultescenti")*, o *adulterados*, (en el sentido de *contrahechos*).

Desde este punto de vista, proponer y presentar la fe cristiana como una llamada vocacional nos lleva a tener que subrayar algunas cosas importantes.

a) Un Cristianismo adulto

Todavía estamos pagando las consecuencias de un cierto modo de pensar y de proponer el cristianismo como "religión", algo devocional, consuelo para los afligidos, costumbre educativa infantil, una puerta estrecha e individual para ir al cielo, herencia de nuestros padres, tradición de nuestra tierra, dato casi genético muy arraigado, algo que se da por descontado sin pensarlo demasiado.

Está claro que en la cultura de hoy muchos de estos elementos ya no tienen sentido y se han abandonado (o están decayendo). Esto ocurre en los países de la vieja cristiandad, donde se experimenta una diáspora creciente después de la Confirmación, algo obvio hoy en día, como si el cristianismo fuera algo para los niños¹², o que sirve para dar una cierta dirección a la vida; pero la vida se jugará sobre otros frentes y otros desafíos, ante los que no se ve la fe como algo significativo, sino como algo que ya no sirve.

Esto es de verdad un gran desafío por todos nosotros creyentes: abandonar un cierto cristianismo infantil o para niños ("la iglesia inicia el catecismo desde pequeños pero lo deja cuando ya no hay necesidad"¹³), un cristianismo que a lo mejor se despierta de nuevo en situaciones de emergencia o en las circunstancias dramáticas de la vida.

¿Qué caracteriza el ser adulto?

Me parece que hay tres elementos:

- Tener el valor *de elegir*, sin delegar en los demás y con todo el riesgo que eso comporta, sin retrasar la decisión indefinidamente, sin "soportar" la vida y los acontecimientos, ni

FE Y VOCACIÓN

A. CENCINI

esperar a cuando ya no se puede hacer otra cosa; que sean decisiones verdaderas y para siempre, no fingidas o reversibles o mientras me vaya todo bien.

- - Aceptar las *responsabilidades* que la vida, en cuanto don, confía a todos, una responsabilidad hacia los demás, a hacerse cargo.
- - Ser *generoso*, no guardarse la vida para sí, no pensar sólo en las propias economías, sino dar y darse gratuitamente, (como gratuitamente uno recibió la vida), hacer lo posible para que otros gocen de lo que uno mismo ha recibido.

Si esto es lo que supone ser adultos, es fácil comprender lo que significa ser un cristiano adulto. El cristianismo se convierte en una llamada a ser adulto, probablemente la más fuerte, una verdadera *pro-vocación*. Ya que nada como Jesús y su evangelio ponen a la persona frente a elección que ella sola puede hacer en la vida, frente a la responsabilidad respecto a la vida misma y la de los demás, frente a la misión apasionante de dar, engendrar vida. En una palabra, Jesús y su evangelio provocan al creyente a hacer su misma elección, a devenir adulto buscando su sitio en la vida, a no perderse en la masa, amorfa y pasiva, en el grupo “anónimo” que se deja llevar por la corriente almacenando todo en el cerebro, pero quedándose adolescentes para toda la vida.

Cuando se presenta la propuesta cristiana como propuesta esencialmente vocacional, se convierte en alternativa ante esta antropología masificante y mortificante, y se descubre la vocación como rasgo característico de la relación entre Dios y el hombre, aquello que revela plenamente el amor del Creador así como la dignidad de la criatura.

b) De adulto a adulto

Por lo tanto, el evangelio de la vocación, supone – del lado del que anuncia - una madurez, ser persona adulta en Cristo, que haya buscado y encontrado en él la razón fundamental de su existencia, porque sólo él puede despertar en el otro, en el que recibe el mensaje, una sana tensión que le ayude a crecer.

Si ser adulto significa poseer esas tres disposiciones interiores antes descritas (coraje para tomar decisiones, sentido de responsabilidad, generosidad), ser mensajero de la buena nueva de la vocación, es ser creyente:

- Capaz de *discernir y ayudar en el discernimiento, vir ob-audiens* que ha aprendido a buscar a Dios en todo momento de su vida, que en la búsqueda encuentra su alegría, y por ello se pone junto al joven para que experimente también él la alegría del que busca a Dios. Pero esta persona creyente conoce las leyes y las etapas, las luchas y las incertidumbres, los riesgos y los temores típicos en un camino de discernimiento. Esta sabiduría le permite ahora acompañar el camino y la fatiga de otra persona que busca. No es suficiente cualquier anuncio, es importante estar cerca de la persona. Hoy hay pocas personas, con esa madurez fundamentada en Cristo que la Iglesia tanto necesita.
- Ese creyente vive una de las mayores responsabilidades que pueda vivir un ser humano: *la responsabilidad de la salvación de su hermano*. Por eso no sólo camina junto a él en su búsqueda y discernimiento, sino que se implica profundamente, ofreciendo su persona y su palabra como una mediación del “Chiamante”, del que llama desde toda la eternidad. Entonces, el objetivo del acompañamiento, su estilo o modalidad coinciden: esta persona adulta o este hermano mayor siente su responsabilidad en el proceso de búsqueda del hermano menor y quiere crear o que nazca en él ese sentido de responsabilidad hacia los demás, hacia cualquier hermano, hacia el pecador, al que se ha alejado de Dios. La vocación cristiana significa, como hemos dicho, superar la preocupación de su propia salvación con el fin de ayudar a los demás, o estar muy seguro de su elección: entregar toda su vida a la redención de los demás.¹⁴ Hemos sido salvados

de nuestro propio egoísmo, también del espiritual que nos hace pensar sólo en nuestro paraíso futuro, y por lo tanto, libres para cuidar de la redención de nuestros hermanos. Esto es lo que la vocación cristiana significa: el Padre Dios que llama, confiándonos unos a otros, para participar de manera activa y fecunda en el misterio de la salvación, como llamó a su Hijo para redimir al mundo!.

2.4 – La pastoral vocacional como un camino de fe

Cuando la vocación, misterio y evangelio, forman parte del primer anuncio de la fe, o cuando la propuesta cristiana se presenta a la luz de la llamada, entonces y solo entonces, se transmite el mensaje cristiano de una manera exacta y evangélica. Esto es mucho más convincente y atractivo, o - si queremos - por un lado, provoca y pide el “magis” a la persona, y por otro lado, ofrece la posibilidad de dar sentido, el sentido más elevado, a la propia vida. O dicho de otra manera, la propuesta es dramática porque pide que elija tomar parte en el drama de la pasión del Hijo, pero es también más atractiva - convincente – provocativa, porque nada atrae y convence tanto a la persona como la prospectiva de dar el máximo de uno mismo, a pesar de las muchas sirenas (voces) que quieren hacer creer lo contrario en el mundo deprimido de hoy.

Esto es un mensaje *universal*, dirigido *a todos*, porque la salvación ha llegado a todos, todos son liberados de los demonios del egoísmo para ver su propia vida como salvación para los demás: *todos llamados y después todos llamamos*.

Cada uno según su *propia llamada*: en el sacerdocio o en la vida laical, como vírgenes, o como esposos, presbíteros o consagrados, que participan en la política o en un servicio educativo, profesionales o madres y padres de familia..., y decidiendo, finalmente, a abandonar la PV orientada en un sentido restringido y parcial, que reduce las vocaciones a un fenómeno intraeclesial que está (y con razón) cada vez más en crisis. Sea cual fuere el compromiso de vida, la profesión elegida, o el estado de la vida (soltero o casado), y la pertenencia jurídica (a una diócesis o instituto de la VC o de una de las denominadas nuevas formas de VC) lo que cuenta es que uno haya hecho una elección en la perspectiva de responder a la llamada del Señor. Pensemos, por ejemplo, en un creyente que abraza la política como vocación, decidido a comprometerse en ella como creyente para el bien común, especialmente de los más pobres, sin ningún interés personal, y deseos de hacer carrera¹⁵. O pensemos en el significado del matrimonio como respuesta a una llamada a testimoniar el amor que viene de Dios, un amor fiel, generoso, en una familia abierta.

Hay quien sigue llorando sobre la crisis vocacional, y no se da cuenta de que no tiene ningún sentido comparar a los sacerdotes, frailes y monjas que hay hoy, con el pasado y sus números: es inevitable que el saldo salga negativo. Pero si mirásemos lo que sucede en el mundo de la VC, o de las nuevas formas de VC que están surgiendo (que también incluye a casados y solteros, familias), descubriremos que no hay tal crisis; por el contrario, el número de los que pertenecen a las formas tradicionales junto con los miembros de los estados de estas nuevas formas suman un número nunca alcanzado.

Pero este no es el problema. Lo que tenemos que entender, y que esta crisis nos está enseñando, en cierto modo, es que necesitamos cualificar nuestro anuncio de la fe en términos vocacionales, tenemos que “vocacionalizar” toda la pastoral, para que todo lo que se haga en la iglesia tenga siempre una dimensión vocacional, que conduzca al creyente a buscar y encontrar el propio lugar, respondiendo a la llamada divina para la salvación de los hermanos.

Anunciar el evangelio de la vocación, o la buena noticia del que es “Eternamente Chiamante” significa promover el camino más auténtico del creyente; no existe otro más creíble. Solo el que responde a la llamada es y se convierte en creyente!.